

Recuerdo de Daniel Cazés

Morelos Torres Aguilar

A Marcela, Valeria, Denise e Ilya

Cuando supe de la muerte de Daniel, sentí de pronto un súbito vacío. Fue aquél un mudo instante, al que siguió una sucesión de imágenes, de recuerdos, de nostalgias. Algunos de esos breves recuerdos son los que ahora escribo.

Conocí a Daniel en la Facultad de Filosofía y Letras, cuando me lo presentaron algunos compañeros, y sobre todo Ilya, su hijo, buen amigo y colega en los escenarios universitarios, en aquellas clases luminosas de Soledad Ruiz.

Ese hombre de cuerpo robusto y nutrida barba entrecana me pareció sorprendente desde un principio: le caracterizaban la ironía, el humor inesperado y cálido, la voz gruesa y al mismo tiempo desgarrada, la mirada inteligente detrás de las gafas. Aunque coincidía con él de vez en cuando en algunas conferencias, en ciertos eventos políticos y universitarios, la cercanía se fue tejiendo también gracias a su otro hijo, Ari, amigo inolvidable cuya reciente pérdida no he podido asimilar aún.

En la última década del siglo pasado, trabajé con Daniel durante algunas semanas en La Jornada Ediciones. Fue para mí una labor llena de sorpresas y aprendizajes en el viejo edificio de Balderas, de altos techos y laberínticos pasillos. En ese entonces, fuimos a presentar a Hermosillo el libro *Sonora 91, historia de políticos y policías*, de Roberto Zamarripa. Bajo un calor callejero e inclemente, o en la frialdad de los auditorios con aire acondicionado, las tareas se multiplicaban. De regreso, como buen neófito en la logística de la difusión editorial le pregunté una buena tarde qué debía hacer, Daniel me respondió así: “Morelos, trabajas conmigo porque confío en ti. Tú puedes resolverlo bien. Ten confianza en ti mismo”. He rememorado esa respuesta, tan generosa y humana, varias veces a lo largo de mi vida.

Más tarde, lo entrevisté para *La Jornada Semanal*, al lado de Edmundo O’Gorman y Gaudencio Mejía, sobre el espinoso tema del racismo en México, del cual se desprendió su reflexión sobre otro tipo de opresión, la

de género: “las mujeres, en la intimidad, en el trato cotidiano que tenemos con ellas, son inferiores, no tienen los mismos derechos, no tienen acceso ni a los bienes ni a los valores a los que accedemos los hombres”. Porque a Daniel lo caracterizaba su lucha por la equidad, o como él mismo lo escribía, por la “humanización igualitaria y libertaria de la humanidad y de cada individuo”.

También recuerdo aquella hermosa tarde soleada, en casa de Ari, en lo alto de una loma, cuando Daniel me reveló que había conocido e incluso entrevistado a Sergio Leone. Tal vez a muchos este nombre no les diga nada; pero para quienes nos emocionamos con *El bueno, el malo y el feo*, con *Por un puñado de dólares*, *Érase una vez en el Oeste* o *Érase una vez en América*, este director italiano significa nada menos que una épica inigualable: duros personajes forjados a cuchillo, tramas llenas de ingenio, fondeadas por la música magistral de Ennio Morricone.

Esa tarde nos pasamos largas horas hablando del carácter de Leone, de los paisajes de Almería donde se filmaban las películas, de Italia, de los actores y los personajes creados por el gran cineasta. Por aquella entrevista supe que la cultura de Daniel provenía no sólo de sesudas lecturas y grandes profesores como Buber, Foucault, Barthes, Morin y Lévi-Strauss, sino de vivencias cálidas y aventuras intelectuales nacidas de la admiración y la imaginación.

Varias veces departimos en torno a una mesa, junto a Marcela, a Valeria, a Ilya y a Ari. También compartimos la mesa literaria, en donde con gusto me senté a su lado a presentar *El acompañante*, su intenso libro de recuerdos y de viajes, de sueños, símbolos y extranjerías en donde escribió sobre personas y lugares entrañables.

Todas aquellas conversaciones y emociones se apretujan ahora en mi memoria.

Muchas veces visité a Daniel en su bermeja torre de Humanidades. Pero esta vez sólo puedo visitar su recuerdo con la débil virtud de las palabras. **U**